

## Experiencia literal y plenitud de imágenes

Por Jorge Aguilar Mora

Silver Spring, Maryland, febrero 2003

No es hiperbólico decir que, desde el Modernismo, América Latina ha estado viviendo una de las etapas más fructíferas de la poesía en lengua española, y hasta de muchas lenguas romances y occidentales. En este subcontinente han aparecido poetas y poemas que están a la altura, sino es que más arriba, de poetas considerados como las cúspides de la poesía occidental en este siglo pasado. Lo más importante no es, sin embargo, esta posible evaluación, que no es inútil aunque sí pueda volverse bizantina; lo más importante es que las literaturas latinoamericanas tienen ahora una tradición, tienen su propio clasicismo. Y el desvanecimiento de la segunda generación de vanguardia del siglo XX no resultó en una crisis de la poesía (lo que sí ha sucedido con la prosa).

La continuidad desde Martí y Darío hasta los poetas jóvenes de hoy en día es asombrosa. Y si algunos todavía pueden hablar con cierto desdén de la imaginería modernista, nadie seriamente puede negar que gracias a Martí y Darío no sólo se creó un mundo propio en la poesía latinoamericana sino también se pudo rescatar todos los mundos anteriores que parecían ajenos o ancilares de otras literaturas. En ese sentido, podemos decir, con fortuna, que no tenemos un poeta único, que tenemos muchos poetas de rigor excepcional. A lo largo de estas décadas, sólo las debilidades de la mente académica o la codicia de la seudomirada comercial podían creer o hacer creer que en ciertos momentos de toda esta etapa había un poeta que sobresalía sin discusión...

Y actualmente sucede lo mismo. Pero el caudal diverso de extraordinarios poemas no se ha agotado. *Cánticos para Oriana* es un testimonio de ello. Y un testimonio de que no sólo hemos creado nuestro propio clasicismo, sino también nuestra propia "antigüedad". Nuestra literatura, y sobre todo nuestra poesía, ya no está inserta en una cronología ajena. Raúl Vallejo, como otros grandes poetas del siglo XX, rescata los mitos "clásicos" y los hace propios, les da nueva vida. Aunque con un título en plural, aunque dividido en secciones y poemas, *Cánticos para Oriana* es un sólo cuerpo, un sólo mundo, una sola identidad mítica. Como otros autores notables (piénsese en Rulfo), Vallejo hace suyos los mitos clásicos invirtiéndolos: en este cuerpo poético, Orfeo pierde a Eurídice, pero nunca la reencuentra. En este cuerpo poético, Orfeo no se desilusiona ante la ausencia del objeto amado, le sigue cantando y lo sigue buscando. Constantino no tiene que ir al mundo de los muertos: le basta descender, como a Altazor, a este mundo.

Constantino abandona el mundo de las ampulosas metáforas y de los conceptos trascendentales para llegar a este mundo, y si continúa su viaje de descenso, sus senderos serán los del cuerpo de Oriana y los del mar, ese viudo perpetuo, a donde encontrará la sombra de Dionisos en los lomos de los delfines.

*Cánticos para Oriana* es un experimento poético integral porque es una construcción poética orgánica: no es sólo la reconstrucción e inversión de muchos mitos, no es sólo la indagación de las pulsiones más básicas del amor y la muerte, es también la creación de un mundo único, propio, exclusivo del poeta, y entregado profundamente a la experiencia del lector. Como *Altazor*, estos *Cánticos* son un recorrido riguroso por los registros del lenguaje poético; como *Muerte sin fin*, estos *Cánticos* son una pregunta constante sobre las formas de la vida, y en ese sentido no es casual que también se haga eco en el título de la obra maestra de Jorge Guillén.

Sí, nuestra tradición es tan autónoma que podemos reconocer, después de la nuestra, lo que Paz decía con justa razón: que la poesía no es un ejercicio nacionalista, sino una experiencia de lenguaje, y por lo tanto no hay distinción entre América Latina y España. No obstante, tampoco se puede negar que el lenguaje tiene su historia, tiene sus historias... Por ello, el *Cántico* de Guillén aparece en el poema de Raúl Vallejo también invertido, sometido a una relectura que se inscribe en una imagen especular: la realidad pura de Guillén, los objetos aislados de su devenir son arrebatados, en el poema de Vallejo, por un cuerpo en constante uso, por una cronología de la orfandad y por una geografía de la ubicuidad. Y con el mismo rigor de la mirada.

Es un placer único, es decir, poético, seguir paso a paso a Raúl Vallejo en este recorrido, en esta recreación del mundo en que se usan diversos registros del lenguaje, recorriendo pasados, cuerpos, ausencias, para llegar al asombro (siempre prevenido por la misma poesía) de que el sentido final de nuestra vida puede ser la literalidad de nuestras experiencias y la plenitud del lenguaje. *Cánticos para Oriana* es una experiencia literal y una plenitud de imágenes. Es un placer.